

Santa Bárbara rebelde. Historia Oral de la insurgencia sindical en un pueblo minero, 1970-1990

María Patricia Pensado Leglise

 <https://orcid.org/0000-0003-3703-9315>

Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, México

ppensado@institutomora.edu.mx

Gerardo Necoechea Gracia, *Santa Bárbara rebelde. Historia Oral de la insurgencia sindical en un pueblo minero, 1970-1990*, México, Secretaría de Cultura/INAH, 2024. ISBN 978607

Comenzaré por citar a algunos/as críticos de cine que distinguen que una buena película más que dar respuestas provoca preguntas en el espectador, considero que es el caso del libro de Gerardo Necoechea Gracia, *Santa Bárbara Rebelde. Historia oral de la insurgencia sindical en un pueblo minero, 1970-1990*, el cual, se suma a la escasa literatura, sobre movimientos de los trabajadores/as que traten también, el tema de la cotidianidad al interior de la faena laboral y fuera de ella. En este libro se trata de los trabajadores mineros del norte del país, tema que trató también el periodista Mario Gil, en su excelente libro *La Caravana del hambre*, que narra el movimiento de los trabajadores mineros de Nueva Rosita, Coahuila en los años cincuenta.

Empezaré por mencionar lo bien estructurado del libro, que una/uno puede leer cualquier capítulo sin seguir necesariamente el orden que marca el índice, cosa nada fácil de lograr, porque además de la creatividad



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

en la escritura y la buena pluma, se debe contar con la experiencia en la investigación de historia oral y el conocimiento del tema para, tomar decisiones en la edición y en la transcripción de las entrevistas, punto en que Necochea Gracia confiesa recurrir a la literatura gran aliada, porque “construye caminos transitables para quiénes nada más, pero nada menos, buscamos la imposible fidelidad del texto al lenguaje hablado” (p.15).

Habrá que agregar, la generosidad del autor, quién comparte cuáles fueron los criterios y el proceso de edición de las entrevistas que aplicó para evitar perder la esencia de la entrevista de historia oral, que se distingue no solo por ser fuente de información sino porque el sujeto es capaz de historiar su propia experiencia, es decir “la interpretación que los entrevistados hacen de la historia vivida” (p.20).

Ahora bien, el libro comienza con breves pero profundas disertaciones del autor sobre la historia oral, sus contribuciones a la historia social del presente, los fundamentos de esta praxis histórica y los aportes o contribuciones en el caso concreto de este importante movimiento de los trabajadores mineros de Santa Bárbara, así como también, la gran solidaridad que se desplegó a su alrededor, comenzando por sus parejas, familiares, sacerdotes, otras secciones sindicales del sindicato minero y de secciones de otros sindicatos de la región.

Me gustaría destacar también, el diálogo franco y abierto, que se logra establecer con los/las entrevistados/as, mismo que solo puede ser producto de la confianza para relatar sus experiencias, desde las distintas trincheras de las dos huelgas que organizaron y dirigieron; y las elecciones en que participaron, organizando una planilla democrática que enfrentara a la de los charros del sindicato.

Según Necochea Gracia, dos son los temas que “recorren esta historia: las luchas obreras y la relación entre izquierda y clase obrera” (p.18) y

en éstos considero, residen los aportes históricos. Porque, si bien, es conocida la participación de la izquierda en el periodo de “insurgencia sindical” que se desarrolla en los años 70, principios de los 80, en la mayoría de los casos se ha omitido referirse a ella, de manera precisa. Con excepción de los documentos de las propias organizaciones al hacer sus balances, inaccesibles en la mayoría de los casos; o en autobiografías de militantes sindicalistas, sin embargo, se alude más a los membretes de éstas, sin profundizar en los vínculos que se establecieron con ellas. De ahí que este libro representa una excepción, porque si bien se entrevistan a ex militantes que participaron en el movimiento, ya sea directamente o de forma solidaria, se formularon con gran sutileza, las preguntas adecuadas para conocer la relación que se dio entre los trabajadores y la Organización Línea de Masas, organización representativa de la corriente maoísta de esos años en el país.

En relación con este punto, me parece interesante comentar la forma en que acceden al trabajo de base para participar con los trabajadores y ser aceptados en la comunidad de Santa Bárbara. Los primeros militantes de esta organización que llegaron fue una pareja Marcela y Jesús, quiénes se sumaron a trabajar con Rodrigo Yañez “en una escuelita que se estaba formando”. Lo cual revela, por una parte, lo importante que fue para la izquierda de esos años la educación, de ahí que impartir clases en las escuelas nocturnas o en organizar escuelas de la llamada educación no formal era útil para lograr la vinculación con los grupos subalternos. Lo que se puede interpretar, además, como una preocupación de la izquierda de esos ayeres por formar una clase ilustrada, más susceptible a politizarse; o también, a seguir la idea leninista de la formación de cuadros del partido y de que cada cuadro se desarrollara como intelectual orgánico del mismo. Cualquiera de estas interpretaciones, expresa también el prestigio social que tenía la maestra/o de cualquiera de los

niveles educativos de enseñanza. De ahí su rápida inserción en aceptación y rápida en la comunidad. Cabe mencionar también, que, en esta historia, la escuela se convirtió en un bastión de apoyo, no solo por la organización de los mineros, sino también se solidarizó con otros movimientos de trabajadores, como el de la Tendencia Democrática de los Electricistas que dirigió Rafael Galván, o con los campesinos bajo el liderazgo de Álvaro Ríos.

Así pues, la historia que presenta Necochea Gracia es una historia oral que “introduce la subjetividad del recuerdo, proporciona una visión histórica desde el interior de ese proceso que transforma la experiencia en conciencia”, en donde al decir de él, influyen “tanto el modo de vida como el modo de lucha” (p.21). Por lo cual se comprende, que la descripción del lugar, Santa Bárbara, sea tan impresionista, los sitios donde suceden las relaciones familiares, de amistad que se genera por la proximidad del trato que se da al compartir experiencias, actividades, una visión de la vida, el barrio, la escuela, el cine, la iglesia, los sitios públicos de reunión donde se da lugar a la francachela y a la conversación seria. Así como la mina, donde, como menciona Everardo se produce la “símbiosis cerro hombre” (p. 40).

El Sindicato Nacional de Mineros adquiere características similares a otros sindicatos nacionales de industria, en los cuales, como apunta Everardo, “los estatutos del Sindicato Minero Nacional son ultra democráticos, de ahí me parece la convicción de que tenemos las armas suficientes, pero están en manos del enemigo, vamos a hacerlas de nuestro lado y tenemos espacios” (p. 153). Apreciación acertada, que desarrollaron los trabajadores en lucha, durante esos años aciagos de lucha sindical.

Al respecto, el comentario de Silvia al referir que “si se es minero le va bien a la gente” (p. 65), debido a la seguridad con la que cuenta la familia al tener asegurada su manutención, a pesar de la amenaza latente de

estar condenados a contraer la silicosis o tuberculosis, enfermedades propias del trabajo que desempeñan.

Por otra parte, las entrevistas que realizó el autor a tres mujeres: Irma, Silvia, y Marcela, nos permite conocer la vida cotidiana de la región minera y contrastarla con la visión de una militante de izquierda que, a pesar de ser muy joven, contaba ya con la experiencia del trabajo político popular. Es a partir de estas entrevistas que conocemos el arduo trabajo doméstico que realizan las mujeres desde niñas, que resulta aún más pesado por tratarse de una región agreste, los juegos, la importancia del deporte como una actividad para socializar con los chicos, la música, el cine, el mundo mítico y la formación sentimental producto de la escucha de mitos y leyendas de la región, las radionovelas de famosos transgresores de la ley, "Chucho el Roto" y "El Ojo de Vidrio" que contrasta con la lectura de historietas, fotonovelas y la nota roja que reforzaban el buen comportamiento, ante sufrir las consecuencias de lo contrario. Otro aspecto, de esas generaciones es el desarrollo de la escucha, tanto en el hogar por las voces de las mujeres, ya sea de la madre o abuela contadoras de historias como en la escuela, mediante la lectura de la maestra en voz alta.

Por último, otro aspecto que se destaca es la "uniformidad" económico social, que hace, según dice Silvia, que no se sienta la "segregación social". En su caso, ésta se hizo visible cuando ingresó a la secundaria en Parral, una ciudad más grande que Santa Bárbara, de lo que se deduce que los altos funcionarios de las Compañías Mineras y sus familias ni vivían ahí, ni tampoco visitaban las regiones mineras, solo los mandos medios llegaban a vivir ahí. Condición que los cohesionaba como grupo social y les permite darle un sentido a la vida distinto. Esto se percibía cuando -Silvia comenta- "El triunfo de la huelga lo celebraba "todo el pueblo tuviera o no familiar minero" (Necochea, p. 85).

Mientras que, el caso de Marcela fue muy distinto, ella se formó en una familia de izquierda, algo que tampoco era común en esa época, su padre era militante del Partido Comunista Mexicano (PCM). De ahí que su formación va a la par de sus tempranas convicciones políticas, alumna del Politécnico no duda en sumarse desde muy joven al movimiento estudiantil del 68 y después al del 71. Como resultado de las represiones de ambos movimientos, toma la decisión de abandonar los estudios y junto con su compañero participar “desde adentro” de los movimientos, mimetizándose con ellos, al llegar a Santa Bárbara se dedicó a difundir la conciencia política mediante la educación. Donde también, se dio espacio a distintas expresiones de la cultura de izquierda, como la canción de protesta, José de Molina, Quilapayún y Víctor Cordero cantante de corridos mexicanos que él mismo componía, estaban presentes en los festivales que organizaban e incluso algunas letras de estas canciones se oían en las fiestas cívicas o en el Día del Minero 11 de julio. Así como también poemas, proyecciones de películas, como *Tiempos modernos* de Charles Chaplin que daban lugar al debate.

Ahora bien, con respecto al tema álgido del libro las huelgas que, en este caso, los trabajadores desarrollaron, primero en 1975 y después en 1981; la primera estalló por el reclamo del reparto de utilidades que era mucho menor a lo que les correspondía. El reparto de utilidades les significaba un sobresuelo que utilizaban para gastar en productos que pocas veces podían consumir.

La huelga de 1975 fue la que consolidó las bases de la organización de los trabajadores, a pesar de los despidos, que se iniciaba con la “suspensión de derechos sindicales” para que después la empresa no tuviera objeción para proceder al despido.

Múltiples acciones colectivas, que Rodrigo llama “acciones de inteligencia colectiva” mismas que entiende como el conjunto de pensamientos que

se conjugan para una avanzada" (pp. 84 y 96), repartir volantes, el periódico *La Cachumba* que distribuían principalmente los alumnos de la escuela secundaria; propiciaba que se tejieran redes con algunos empleados de confianza, quiénes les informaban sobre los sucesos al interior de la fábrica y los animaban a continuar con la huelga hasta cumplir con sus demandas, las mujeres también se sumaron al movimiento.

Así mismo, la incorporación de fotografías de época del periódico *La Cachumba*, permite visualizar el gran apoyo popular que tenía el movimiento, así como las consignas y la juventud de los trabajadores mineros.

A partir del triunfo de la primera huelga, participaron en las elecciones por la secretaría general y organizaron "una planilla, que abarcaba el total de todos los departamentos, claro con raza que eran participantes o eran... Eran simpatizantes o participantes, pero toda la raza estaba representada" (p. 165), y ganaron las elecciones.

En relación con este triunfo, Everardo comenta "lo que determina que una cosa fracase o triunfe es que para lo que se esté organizando refleje las necesidades de la gente que está ahí [...] se iban despertando las ganas, y adquirimos esta capacidad de discernir problemas y de plantearlos" (pp. 157-158). El movimiento se reprodujo a todos los departamentos, "nos convertimos en profesionales ante una raza que tenía las ideas de hacía 50 años" del charrismo sindical (p. 162).

Sin embargo, el charrismo como institución que perdura que mantienen acuerdos con el gobierno cuenta con habilidades para recurrir a las mismas tácticas utilizadas en otros movimientos, incluyendo el asesinato o actuar como policía investigando y detectando a los líderes con el apoyo de los gobiernos y los propios empresarios, sin importar llegar hasta el asesinato, buscando corromper o amedrentar a los dirigentes; en el caso

de los estatutos del Sindicato Minero, incluso existe lo que se llama “pretexto de objetivos” (p. 173), y apelando a éste se castiga a los trabajadores privándolos de sus derechos sindicales por haber cometido alguna falta según sus criterios. En realidad, el peligro que más asustaba a los charros del sindicato era la unión de las secciones disidentes que desafiaba el poder omnímodo del líder charro Napoleón Gómez Sada, secretario general del Comité Nacional del Sindicato Minero.

Durante la segunda huelga, la organización política (Línea de Masas) ya se había retirado. Se planteó el reflujo, según Everardo esa fue la consigna: reflujo, y él mismo formula la pregunta ¿Pa’ donde nos refugiamos sí ahí vivíamos? Era nuestra existencia, era nuestra organización, era nuestra gente: ¿a dónde nos refugiábamos? (p. 236).

La huelga se realizó en la coyuntura de la revisión contractual, con demandas muy específicas, como fueron: que se redujera el tiempo para la jubilación, el reconocimiento de enfermedades provocadas por el trabajo, como la silicosis, la tuberculosis a las que se agregaba la sordera, la neurosis consecuencia de los cambios que habían ocurrido en el trabajo al implementarse el sistema de tumbe y el arrastre, y por aumento salarial. Resulta interesante observar la gran solidaridad que se desplegó a nivel regional y en otros sitios donde también existían secciones democráticas que habían desarrollado importantes luchas y que ya antes habían manifestado el apoyo a los trabajadores de Santa Bárbara, como Altos Hornos de México en Monclova, Las Truchas en Lázaro Cárdenas, Michoacán, del Tecnológico de Parral, de los Telefonistas, del Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN) y de organizaciones campesinas. Sin embargo, debido al largo tiempo que duró la huelga, tanto la economía de las familias mineras como la del pueblo en general de Santa Bárbara entró en una severa crisis.

En este capítulo es reveladora la narración de Javier, sobre sus encuentros con Napoleón Gómez Sada, para exigir el apoyo del Comité Nacional del Sindicato, y en su relato se nota la madurez con la que asume la negociación frente a la decrepitud del líder máximo, que detentaba el poder del sindicato; y que fue pieza clave para los empresarios de esta rama productiva, quien utilizó todos los recursos para levantar la huelga ofreciendo solo una mayor cantidad del pago de los salarios caídos. Ante la oposición de una mayoría ya muy dividida, se decidió no levantar la huelga. Y como era habitual, los charros recurrieron al despido de los dirigentes del movimiento huelguístico.

Con todo, resulta importante el balance que los trabajadores hacen sobre la huelga y sobre su participación en el movimiento, que contó con formas ingeniosas para plantear la resistencia, incitados por un estado de ánimo que Heidegger, entendía como el que “nos abre al ser, porque define y templa nuestra estancia en el mundo” (p.130).

Al decir de Jesús, “El problema de estas experiencias es que no hay continuidad, porque tradicionalmente en los pueblos mineros hay mucha rotación, voluntaria e involuntariamente... se pierde la memoria inmediata”. En cambio, para Ricardo, quién se puede quedar más tiempo en la sección sindical, menciona que “somos gente que se nos recuerda como: iah los rojillos! Cuando estaban los rojillos y que con los rojos la empresa no hacía esto”. Lo que significa que hay una memoria sobre sus acciones en la lucha sindical.

Al igual que a Javier, muchas personas que han participado en algún movimiento político social, lucha de resistencia o acciones colectivas, sus experiencias han significado un parteaguas en sus vidas, han marcado, y cito las palabras de Javier: “el antes y el después de haber conocido lo que era una organización político sindical. Y entonces eso definió en mí el rumbo de mi vida” (p. 235).

María Patricia Pensado Leglise

Para finalizar, me gustaría compartir una reflexión del filósofo coreano Byung-Chu IHang que recordé al leer este libro, "La esperanza no es optimismo. No es el convencimiento de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, al margen de cómo salga luego". Considero que los trabajadores rebeldes de Santa Bárbara estuvieron animados por ese sentido de esperanza. Y como me imagino le gustaba decir a Everardo: ¡Con esa nos vamos!